

Alba Carballal

Bailaréis sobre mi tumba





Seix Barral Biblioteca Breve

Alba Carballal

Bailaréis sobre mi tumba

© Alba Carballal, 2023

Representada por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-322-4215-1

Depósito legal: B. 7.754-2023

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

NO MIRES A LOS OJOS DE LA GENTE

ANDROS PATRIA

Yo creo que la memoria tiene una misteriosa fuerza de gravedad. Siempre nos seduce. Siempre nos atrae. Por eso, los que viven recordando pueden vivir en el frágil tiempo presente. En cambio, los que no tienen memoria no viven en ninguna parte.

PATRICIO GUZMÁN

*No mires a los ojos de la gente,
me dan miedo, siempre mienten.
No salgas a la calle cuando hay gente,
¿y si no vuelves?, ¿y si te pierdes?
(...)
Quédate a mi lado,
no te marches más...*

GOLPES BAJOS

FOTOGRAFÍA N.º 13

Se esconden del gentío tras el capó levantado del Seat 133 del cacique, la última y fría anochecida de 1978, en el punto en el que el callejón del Norte se funde con la plaza mayor de un pueblo vestido de banderines azules y mástiles, perforados de carcoma, sin barco en el que izarse. El olor a Nochevieja —los centollos aún por cocer, el peltre adobando el cordero— barniza, con su espesor caliente, los adoquines ya vacíos de pisadas que cercan la fuente del peregrino. Como cada año, son más de las ocho y el jolgorio aún no ha terminado. El Apalpador ha negociado una tregua con la lluvia, la barra de la taberna está vacía de manos recias y las supersticiones de la tribu se concentran en forma de hoguera, o dentro de un recipiente de barro cocido que resplandece en añil sobre el frío aluminio horizontal, o en los ojos de los niños, o en los ojos de los pocos hombres que un día fueron niños. En la plaza asoma el nervio de quien espera el milagro cotidiano del regreso: el mar aún no ha hablado, pero la lujuria de los bailes de juventud se recrudece, y las abuelas toman en brazos nietos ajenos, y los viejos cuentan historias ciertas sólo a medias que les sirven para sobreponerse a las au-

sencias complementarias de los hijos y la memoria. La mala fortuna, en una aldea que coquetea desde sus albores con el mito del eterno retorno, se hace carne a través del primogénito del Arrexó —nariz ganchuda, cuerpo recién hecho—: único varón de una ristra de seis hermanas más jóvenes, obligado a cumplir los anhelos de un padre anciano, maricón de pueblo, qué mala vida le espera, ay, qué pena. Pero el muchacho —medio escondido por la cuenta que le trae, tan guapo que da rabia— continúa su particular búsqueda de Long John Silver bajo la cremallera desabrochada y la tela vaquera que cubren, como el capó del coche del cacique, la anhelada blanca densidad del forastero griego, o georgiano, o de algún otro país con ge que el primogénito del Arrexó —dientes permanentes, corazón de leche— no sabría situar en un mapa mudo; y consigue así permanecer ajeno todavía a otra densidad futura, negra y brillante ésta, que en alta-mar empieza a abrir un camino transitable para sus nimias posibilidades de volver a nacer.

DON'T LEAVE ME HANGING ON THE TELEPHONE

Durante muchos años, la abogada ambientalista Aida Celanova siguió afirmando que había sido la intuición, y no el oído, lo que la había despertado la madrugada de la primera catástrofe de su vida. En cualquier caso —y dejando a un lado la escasa fiabilidad de los recuerdos de juventud—, lo cierto es que, para cuando su tío hubo dejado el auricular en un precario equilibrio sobre la base del teléfono, ella ya estaba en el salón, preparada para recibir malas noticias.

—¿Pasó algo?

—Es el hijo del Arrexó. Por las horas que son, y teniendo en cuenta que para llamar tienen que ir hasta Valdoviño, debe ser grave.

La imagen de María Jiménez enseñando las piernas refulgía en el televisor, y un botellín de Estrella Galicia a medio beber, dejado con descuido a los pies del sofá, le bastó para deducir que Lolo Celanova, el hermano pequeño de su padre, aún no se había acostado. Desde la Ciudad Vieja, que varios metros más abajo se extendía hasta perder su nombre en una maraña de edificios de reciente construcción, los ecos de los borrachos que cele-

braban haber sobrevivido a 1978 inundaban la estancia, amortiguados por los serpenteos de las callejuelas y por los cuatro pisos, sin ascensor mediante, que separaban su buhardilla del portal. Antes de atender la llamada de la penúltima persona que esperaba escuchar al otro lado, a Aida le dio por pensar en su padre, y se preguntó si la dura discusión de cuatro meses atrás habría albergado las últimas palabras que le escuchase pronunciar: e non volvas, filla de puta.

—Sin paños calientes, Xairo. ¿Quién murió?

Mientras aguardaba una respuesta, calibró las posibilidades. Su madre aún era muy joven, pero los nervios de la separación podían haberle jugado una mala pasada. Que su padre tenía afición por el aguardiente no era un secreto: era el único médico de la aldea, y sus paisanas lo agasajaban casi a diario con licor café casero y pescado fresco, con la misma devoción que las llevaba a rezarle rosarios a san Pedro cada madrugada o a llenar de flores la ermita de San Mamede en agosto. Sin embargo, sólo Lolo, Aida y su madre sabían que los ojos de don Cosme —san Cosme— se volvían amarillos por las noches.

—No murió nadie, Aida, mira que eres bruta. Por lo menos nadie que conozcamos. Pero deberíais venir. Hubo una explosión en el mar.

—¿Cómo?

—Reventó un barco. Por lo visto es un petrolero griego, y dice la nieta del Bieito que ya encontraron algún fiambre.

—¿Falta alguien?

—Que yo sepa no, y me tendría enterado. Don Cosme está atendiendo a los más afectados.

—¿Pero no estaban todos a salvo?

—Pues según lo mires, Aida. Dice mi padre, que esta-

ba faenando, que el agua está cubierta de crudo. Se va a quedar la aldea entera mano sobre mano. Te digo yo que algún pescador prefería que se lo llevase la marea.

—Reúne a la gente en la plaza y tranquiliza a los viejos, Xairo. Vamos para allá. ¿Tú estás bien?

—Como nunca. Te cuelgo, que tengo cristo.

Si Aida hubiese sido capaz de leer entre líneas, la memoria no la habría traicionado aquella larga noche de piedra en la que Xairo volvió a asomarse, muchos años más tarde y por última vez, a las tinieblas de un mar sin agua.

GORDA

Tú lo sabías, gorda. Lo sabías y aun así me obligaste a volver. No sé si no te dio la puta gana de ponerte en mi pellejo o no supiste, pero el caso es que las cartas estaban boca arriba con el cabrón de tu padre. Y luego está lo del buga: cero grados, ni frío ni calor, tres meses parado en la calle después de la primera hostia. Vaya, que a quién coño se le ocurre, que la pobre máquina no quería ni arrancar. Qué le vamos a hacer, gorda, está en tu naturaleza: a ti siempre te interesaron más los grandes problemas que las epopeyas de bolsillo. ¿Qué más daba que no me hablase con mi hermano si alguien tenía que rescatar a la aldea de un puto buque en llamas? Poco importó que estuviera borracho, que el año ya hubiese empezado mal, que me diera pánico conducir después de lo que pasara, porque mi sobrina tenía que salvar a sus vecinos del abismo de la precariedad. Una rayita y a correr, ¿no? Tampoco el pobre Xairo tuvo culpa de nada, pero lo pagó, nen, vaya si lo pagó: su armario era una cárcel, y a la vista está que no era lo suficientemente grande como para que pudieses arreglar el mundo desde dentro. Él, pese a todo —pese a ti—, prefirió salvarse. Muy lícito, teniendo en cuenta sus

circunstancias. A ti, gorda, nunca te hizo falta entender que la realidad no es abstracta, ni que bajar al barro de la concreción implica que los problemas te puedan arañar la cara. Traducción: que un padre quiera un hijo pescador y no conciba uno maricón, como si los dos términos fuesen antagónicos. Manda carallo con el Arrexó. Pero los viejos, ya lo sabes, a veces son viejos antes que padres. Xairo decidió que se largaba a Vigo unas horas antes de que petase el barco, mientras se comía la boca con un marinero griego que por hache o por be aquel día se quedara en tierra. Esto me lo contó meses más tarde, el Xairo, una noche que me lo encontré en el Ruralex vestido de mujer y rodeado de peña. También me dijo que aquélla fuera la primera vez, ¿sabes? Con un rapaz, quiero decir. Bien sé que vosotros tuvierais algo ahí atrás, cuando él dejara de estudiar, y que a tu padre le entraran los siete males de pensar que su niña iba a acabar con el del Arrexó. Me acuerdo, me acuerdo. Yo todavía estaba en la aldea perdiendo el tiempo con la Charo, la del medio del Xoubas. Aunque ya sabes que a mí la que me ponía era la pequeña suya, Lauriña, pero la pobre, como yo, se perdió por el camino. Se quiso pasar tanto de moderna que la última vez que la vi iba de meska hasta las cejas, ya no hablaba gallego y con la tontería esa de recordar viejos tiempos me la follé en el coche camino de Spook. A ella también le perdí la pista, como a ti, gorda, como al Xairo, como a todos los colegas, como a tu padre antes de que todo se fuera al carallo. Manda truco con el doctor: Lolo, te estás pasando; Lolo, ponte a currar; Lolo, deja de meterte; Lolo, esto; Lolo, aquello. Como si don Cosme fuese perfecto, como si él no tuviese vicios ni el hígado a punto de reventar. Una vez ya me infló las pelotas, claro, y ese día le monté un pollo guapo y me piré de allí y ya no fui

más hasta que se hundió el Andros Patria y tú me obligaste a volver, Aida, porque no me pusiste una pipa en la chola pero poco te faltó. Siempre se te dio mandar, rula, y me consta que todavía lo haces de puta madre. ¿Pero sabes qué te digo? Que a pesar de todo lo que pasó después, hice dabuti alejándome de Compos, del ático y sobre todo de ti, aunque eso cuando me abrí no lo sabía, claro. Fue lo más jodido, coger las riendas y aceptar aquel curro de mierda en Valencia, gorda. Te eché de menos unos meses, no te voy a mentir. Luego las adicciones ya fueron otras. Seguramente por eso acabé como acabé, fiándome de aquel capullo, cayendo en la trampa de alguien más espabilado que yo, pegándomela otra vez. Así y todo no me arrepiento, aunque no te lo creas. Nunca estuve más vivo que aquellos años. Te lo juro, Aida, mereció la pena por mucho que ahora tú sigas por ahí salvando ballenas y bosques y yo me pudra en una tumba casi anónima al borde de la CV-500.